

Jean Cassou



**Toda una vida
con una España a cuestas**

Ramón Chao



«Puedo decir que mi más viejo y entrañable amigo es Jorge Guillén. En los albores de nuestras juventudes nos leímos el uno al otro nuestros poemas, y cambiamos nuestras primeras impresiones literarias. En fin, que con mi querido Jorge Guillén he conservado una amistad verdaderamente fraternal». (Jorge Guillén).

POETA, crítico de arte, autor de quince novelas, creador del Museo de Arte moderno de París, miembro de la Real Academia de Bélgica, Gran Premio Nacional de Letras en Francia, **Jean Cassou** es, ante todo, hispanista, por sentimiento y por nacimiento.

«Mi abuelo había emigrado a México, y allí se casó con una mexicana, de modo que una de mis abuelas es mexicana, y su hijo, mi padre, nació en Guanajuato. Vino muy joven a Francia. Se hizo ingeniero, y uno de sus primeros puestos fue en los astilleros de Cádiz. Se casó allí con una andaluza, que sería mi madre. A mi padre lo destinaron luego a otros astilleros, en Deusto, cerca de Bilbao, donde yo nací por casualidad».

La familia de Cassou regresa pronto a Francia, pero no abandona ni la lengua ni la literatura española. Jean Cassou se licencia en español, y **más tarde entra a formar parte**, como secretario de redacción, de la prestigiosa revista literaria «Mercure de France». Su labor allí será

importantísima para las letras españolas. En el «Mercure de France» se encargaba de la crítica y de la divulgación de autores españoles.

«Eso me permitió hacerme amigo de todos los escritores españoles de mi tiempo, de Unamuno, de Antonio Machado y de muchos otros; también me permitió viajar a España, y conocer a ese país, con el que siempre había soñado, y del que sólo tenía un conocimiento místico y de enamorado.

Mis primeros amigos fueron Pedro Salinas, a quien conocí cuando era lector en la Sorbona, y Jorge Guillén, que le sucedió en ese puesto. Puedo decir que mi más viejo y entrañable amigo es Jorge Guillén. En los albores de nuestras juventudes nos leímos el uno al otro nuestros poemas, y cambiamos nuestras primeras impresiones literarias. En fin, que con mi querido Jorge Guillén he conservado una amistad verdaderamente fraternal. Recuerdo que la última vez que



«Estaba viejo, desdentado, en las puertas de la muerte. Sali de allí muy triste, sin poder decir nada, y el amigo argentino que me acompañaba comprendió mi tristeza, y respetó mi silencio. Al cabo de un rato, ya en el metro, le pregunté: «¿Pero de qué se muere Ramón?». Y me contestó, «de tristeza». Se murió de automoribundia Ramón». (Ramón Gómez de la Serna, última foto).

le vi aquí en París, me dijo: «¿Conoces tú a algún poeta más viejo que yo?». Me puse a pensar y le contesté: «Bueno, Saint John Perse, a quien no he visto desde hace tiempo, creo que tiene algunos años más que tú». «Sí, pero no le has visto desde hace tiempo, mientras que a mí me estás viendo». Entonces yo acepté esa evidencia, y Jorge Guillén se quedó muy contento de ser el poeta más viejo que yo pudiese conocer.

A Unamuno le conocí primero por correspondencia. Y luego, cuando le desterró Primo de Rivera, publiqué varios artículos en «Les Nouvelles Littéraires», que era el gran periódico literario de entonces.

Inicié una campaña en favor suyo, y hombres tan distintos como D'Annunzio y Romain Rolland protestaron con la misma energía contra la medida que le había desterrado a Fuerteventura. La campaña se extendió a todo el mundo, prácticamente. Usted ya sabe que luego él se fugó de Fuerteventura, y que vino a París. Yo fui compañero de su exilio. Al final se instaló en Henda-

ya, para estar en su País Vasco, y escribía libros que yo traducía a medida que iban saliendo las cuartillas. Así escribió «La agonía del cristianismo», y ese texto tan importante que se titula «Cómo se hace una novela».

Jean Cassou es, sin duda, el más político de todos los hispanistas, el más intransigente defensor de la libertad y de la democracia. Y en él recayó la misión de informar a Europa del advenimiento de la II República española, en 1931.

No había ningún periodista extranjero en España durante la noche del trece al catorce de abril. Yo era como una especie de testigo único. Recuerdo que estaba en las calles de Madrid con mis amigos Salinas, Alvarez del Vayo y muchos otros, todos maravillados ante la realización de lo que tanto habían anhelado, el advenimiento de la República. Y después de esa noche en que yo asistí a los últimos tiros de la Guardia Civil sobre la muchedumbre, el rey se había marchado. Todo el pueblo estaba por las calles gritando

su alegría y cantando con esa especie de inspiración que tiene el pueblo, que siempre encuentra las palabras que hay que pronunciar, decía: «¡que no se ha marchao, que lo hemos echao...!» Y empezó una especie de fiesta, de verbena, que no se puede imaginar.

Aquella noche vi a Ortega y Gasset en La Granja del Henar, donde tenía su peña. Y recuerdo que le dije a uno de los contertulios —creo que fue a Ramón Gómez de la Serna—, «ya ve cómo hay que tener confianza en mí. Porque todo lo que está sucediendo ya lo había previsto yo, y ya dije que llegaríamos a tener una República».

Ramón Gómez de la Serna, durante esa noche de la llegada de la República, estaba un poco molesto, un poco inquieto. Era un hombre miedoso, y por eso se marchó, al fin. No le gustaba nada aquello que estaba viendo, las manifestaciones, el entusiasmo republicano. Sin embargo, tuvo un momento de entusiasmo republicano. Yo estaba con él un día de los comienzos de la República, por la calle, y de repente oímos un grito que decía: «¡Viva Ramón Gómez de la Serna!» Dijo que si la República fuese siempre así, si iba por ese camino, que él sería el más ardiente republicano. Pero ya sabe usted que se fue por miedo. La última vez que le vi fue en Buenos Aires, un poco antes de su muerte, y guardo un recuerdo horri-

ble de esa entrevista. Porque usted no puede imaginarse lo que era la risa de Ramón, la alegría de su mirada, la vida que desbordaba de todo su cuerpo. Pues yo le vi en Buenos Aires, moribundo, casi sin poder hablar. Le había ocurrido algo tremendo. Había vuelto a España durante el franquismo creyendo que le iban a recibir con un arco de triunfo, o algo así. Pero, ¿qué le importa a Franco Ramón? ¡Nada! De modo que regresó a Buenos Aires y todo el mundo le volvió la espalda, y, cosa curiosa, más aún que los exiliados, los argentinos. Cuando él supo que yo estaba en Buenos Aires, quiso que fuera a verle, y lo hice en compañía de un amigo argentino. Me abrazó, y trató de decir algunos de aquellos disparates tan suyos. Pero no le salían ya. Estaba viejo, desdentado, en las puertas de la muerte. Salí de allí muy triste, sin poder decir nada, y el amigo argentino que me acompañaba comprendió mi tristeza, y respetó mi silencio. Al cabo de un rato, ya en el metro, le pregunté: «¿Pero de qué se muere Ramón?» Y me contestó, «de tristeza». Se murió de automoribundia Ramón.

Recuerdo que durante aquella noche del trece al catorce de abril de 1931 vi a Alvarez del Vayo en medio de la muchedumbre. Todavía no se sabía muy bien lo que pasaba. Entonces tomamos un taxi Salinas y yo, y el taxista, entusiasmado, nos



«Alvarez del Vayo se subió en el techo de un coche, y desde aquella altura informó a la muchedumbre, diciendo que había disensiones en torno al rey, que unos le aconsejaban que se marchase y que otros pensaban que debía resistir. De modo que Alvarez del Vayo arengó a la gente para que siguiera reclamando la marcha del rey». (Jean Cassou, a la izquierda, con Alvarez del Vayo, fotografía de Durán).



«Estaba Azaña temblando de furor, como herido en lo más vivo, y añadió: «¿Comprendéis lo que está pasando?». Y nos llevó hasta la ventana. Desde allí se veía la sierra, y nos dijo: «Vean ustedes: ese es el frente». Y, en efecto, se veía el fuego de los cañones, el humo; se oían los disparos. «Ese es vuestro frente», nos gritó. Y así fue. Su profecía resultó completamente luminosa y exacta. Allí empezaba el frente de una guerra que iba a ser mundial». (Manuel Azaña).

dijo: «Hoy no se paga», y añadió, con una melodía improvisada: «Gutiérrez se marcha» (Gutiérrez era Alfonso XIII, así lo llamaban)... Gutiérrez se marcha, es la noche más dichosa de mi vida...» Y nos incorporamos a una manifestación que iba a la casa de Alcalá Zamora, a saludarle. Allí fue donde vimos a Alvarez del Vayo que acababa de estar con Marañón, médico de la familia real. Marañón era muy amigo nuestro, y republicano, y por Marañón supo Alvarez del Vayo lo que sucedía en palacio. Alvarez del Vayo se subió en el techo de un coche, y desde aquella altura informó a la muchedumbre, diciendo que había disensiones en torno al rey, que unos le aconsejaban que se marchase y que otros pensaban que debía resistir. De modo que Alvarez del Vayo arengó a la gente para que siguiera reclamando la marcha del rey.

Después del triunfo de los republicanos, Jean Cassou regresa a Francia, con el fin de informar sobre lo que estaba sucediendo en España.

Yo tenía mucho interés en hacer comprender a los franceses que un español podía ser republicano, que un español podía ser algo diferente del duque de Alba o de Torquemada; que a un español le podían gustar los toros y las procesiones de Semana Santa, pero también era otra cosa, y esa otra cosa la había encontrado en la noche del trece al catorce de julio de 1931.

En ese momento de euforia y de entusiasmo generales, los amigos españoles pidieron a los amigos franceses que enviaran a Madrid a tres escritores del Frente Popular francés para celebrar juntos esa doble victoria de las izquierdas de ambos países. Yo fui uno de esos tres escritores; otro era André Malraux. Mantuvimos una conversación bastante larga con Azaña. Azaña nos ofreció un té y charlamos de todo. Pero dos momentos de esa conversación han quedado grabados de forma trágica en mi memoria. Yo ya conocía a Azaña desde hacía muchos años; le conocía como escritor, y él a mi también. Malraux estaba muy interesado y subyugado por Azaña, pues para él era la culminación de su ideal. ¿Usted se imagina un escritor que se hallaba al frente de un pueblo en estado completamente revolucionario? Eso hacía soñar a mi amigo y compañero.

Entonces le preguntamos a Azaña: «¿Está usted completamente seguro del Ejército? Ya sabe usted lo que se dice sobre una posible rebelión». Azaña nos contestó con una risa irónica, y luego añadió: «Ya veo que han oído ustedes los bulos que corren por los cafés». Todavía me estremece esa palabra absurda, sobre todo en boca de Azaña. Porque, ¿qué había hecho Azaña durante toda su vida sino hablar de política en los cafés de Madrid? Azaña había sido presidente del Ate-

neo, y era una de las personas más destacadas de todas las que acudían a las tertulias político-literarias, a esos célebres cafés del siglo XIX donde se habían preparado todos los cambios de la vida política española. Todo lo que acaeció de nuevo, todo el proceso revolucionario en España nació en esas tertulias con gente del tipo de Azaña. De modo que me sorprendió desagradablemente el desprecio que mostró en esa frase.

Otro momento que conservo con sabor trágico es cuando saltó a la conversación la fórmula «experiencias históricas». Era una frase que le encantaba a Malraux, que estaba soñando con experiencias históricas. Hablamos pues de ese modo experimental y empírico de vivir la historia, y sobre todo de cómo había que aceptar las responsabilidades ante la historia. Hubo un momento de silencio, y Azaña nos dijo: «Todo eso está muy bien, pero hay experiencias históricas que cuestan caras». Usted sabe el carácter muy castellano de Azaña; era muy pesimista, muy fatalista, y burlesco y trágico a la par. Esa frase era premonitoria, y él parecía saber que esa experiencia histórica iba a costarle muy cara. Todavía en mi oído conservo el sonido, la entonación de la voz elocuente, melancólica y en el fondo desesperada de Azaña, pronunciando esa palabra fatal.

Estaba Jean Cassou en París cuando se produjo la traición militar. En Francia organizó la ayuda a la República española, tras haber celebrado una trágica entrevista con Azaña. Algunos días después del golpe de Franco volví a España con otros amigos franceses, entre ellos André Violis, corresponsal del «Petit Parisien», y con Jean Richard Bloch, que conmigo dirigía la revista «Europe» y director también del diario de tendencia comunista «Ce Soir». Fuimos a preguntar a los principales dirigentes republicanos lo que necesitaban para combatir contra los sublevados. Yo vi a Companys, a Indalecio Prieto, a Largo Caballero, etc. En Madrid nos recibió Azaña, que nos manifestó su indignación por la falta de ayuda del gobierno socialista francés. «No lo comprendo —nos dijo—; ¿en qué piensan nuestros amigos del Frente Popular francés? Necesito unos cuantos aviones para aplastar a los rebeldes». Estaba Azaña temblando de furor, como herido en lo más vivo, y añadió: «¿Comprendéis lo que está pasando?» Y nos llevó hasta la ventana. Desde allí se veía la sierra, y nos dijo: «Vean ustedes: ése es el frente». Y, en efecto, se veía el fuego de los cañones, el humo; se oían los disparos. «Ese es vuestro frente», nos gritó. Y así fue. Su profecía resultó completamente luminosa y exacta. Allí empezaba el frente de una guerra que iba a ser mundial. ■ **Declaraciones recogidas en magnetófono por RAMON CHAO.**